



La casa proustiana de Combray

por Edmundo Valadés / Fotografías de Héctor García

Partiendo de Combray —Illiers en la geografía de Francia—, Marcel Proust remontará el “edificio del recuerdo” para reanimar el tiempo ido de una vida “de placeres y sufrimientos”, en una obra que permanece como creación insólita: *A la búsqueda del tiempo perdido*. Al conjuro olfativo ante una taza de té —pues la memoria del escritor es avivada por medio del recuerdo de los sentidos—, Proust hará resurgir la visión de una sociedad decadente, “la belle époque”, observada atenta e irónicamente, casi con la lupa de un naturalista a quien no se le escapa el más sutil pormenor físico o moral de múltiples seres, algunos de los cuales, por la dimensión psicológica que les acumula, fundiendo en uno la gama de otros similares, se convertirán en arquetipos de ciertas naturalezas, condiciones o caracteres humanos: el barón de Charlus, desmesurado ejemplar sodomita; Charles Swann, un mundano en quien se encarniza una locura frígida de celos (en lo que se ve uno de los análisis más exhaustivos y completos de tan alucinante pasión); Odette de Crécy, una *cocotte* que desde un insulto medio burgués será luego la dama de uno de los salones más aristocráticos de París (parábola de la formación de una posición social); los duques de Guermantes, encarnación del oropel egoísta y estúpido, así esté orlado del fulgor deslumbrante de la elegancia, de una aristocracia sometida a las propias reglas que impone sobre un modo de vivir superfluo, pues se sustenta en una diaria y despiada etiqueta social; Saint-Loup, en quien se cumple misteriosa ley de herencia insana.

De esa taza de té, como lámpara maravillosa de un genio cuya facultad es restituir el recuerdo, será extraída una galería de seres preocupados y atraídos por el ocio, el placer, el vicio, la diversión mundana y cuyas vidas se repetirán como si viéramos, atrapado, el paso impalpable e implacable del Tiempo, que los transforma insensiblemente o los aniquila en menoscabada vejez y que quedarán perpetuados sólo por la conciencia de Proust, cuándo descubre dentro de sí el libro que los con-

tiene y que opondrá a la devastación del Tiempo, cumpliendo el llamado de su instinto de escritor, “lo que hace que el arte sea lo más real que existe, la más austera escuela de la vida y el verdadero Juicio Final”.

En páginas deliberadamente minuciosas y cuidadosamente precisas, de un estilo prolongado y profuso, que extenderá un inteligente hilo para seguir el aparente laberinto de una narración en la cual cada detalle tendrá importantes consecuencias posteriores, y que de pronto desconcertarán y aun aburrirán a ciertos primeros lectores y luego seducirán y levantarán asombros admirativos pocas veces suscitados por un escritor, Proust reconstruye su mundo, lanzándose, en entrecruzadas proyecciones, a la pesquisa rememorativa de una realidad supeditada ya sólo a su retentiva y que sabrá reconstruir no únicamente con su mágico poder de evocación, sino también por la invención, la transfiguración, la transposición, la transmutación, la intuscepción —como señala, persuadiendo, Torres Bodet— y aun por el disimulo, como juzga Gide.

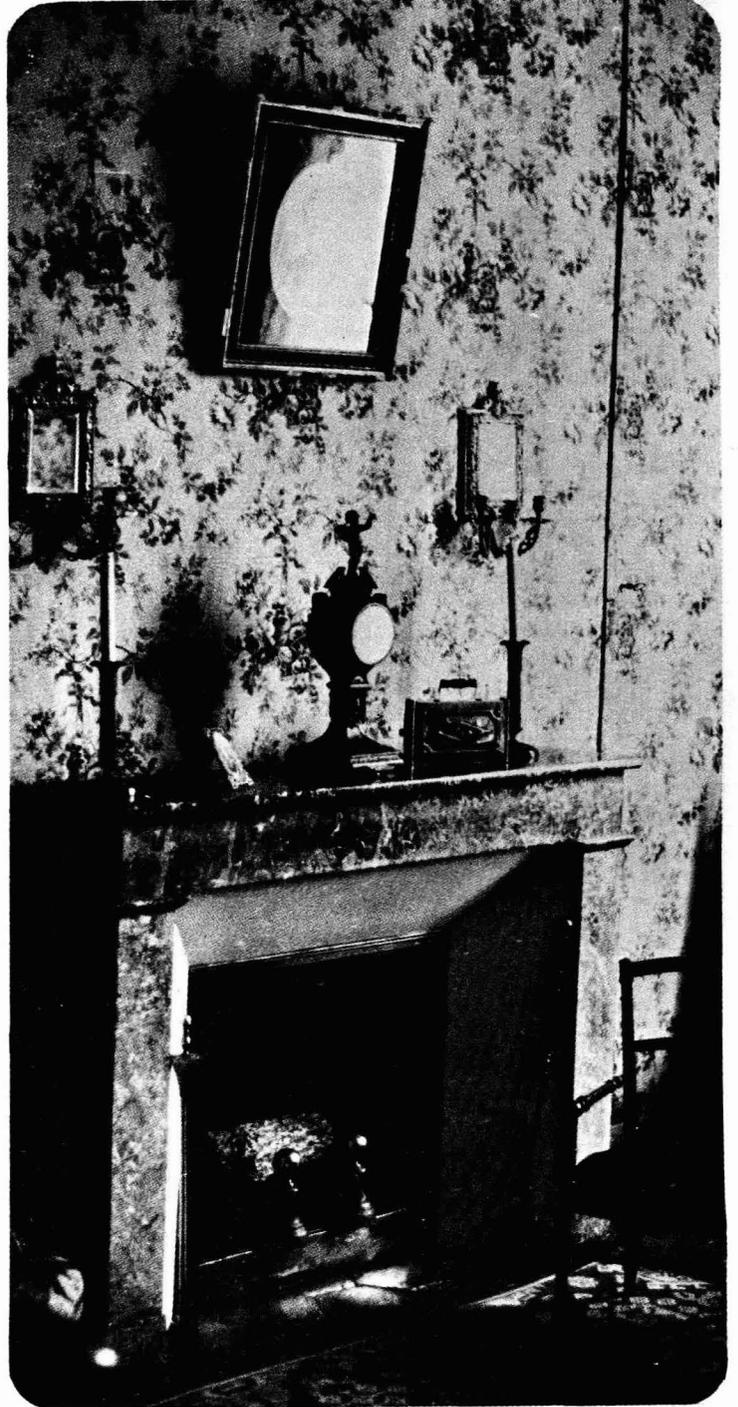
En *A la búsqueda del tiempo perdido*, obra concebida como una vasta sinfonía que expandirá sus temas sobre el de la propia vida de Proust, es Combray el escenario inicial. “Combray era un poco triste, triste como sus calles, cuyas casas, construidas con piedra negruzca del país, con unos escalones a la entrada y con tejados acabados en punta, que con sus aleros hacían gran sombra, eran tan oscuras que en cuanto el día empezaba a declinar era menester subir los visillos; calle con graves nombres de santos (algunos de ellos se referían a la historia de los primeros señores de Combray), calle de San Hilario, calle de Santiago, donde estaba la casa de mi tía...” He allí la casa proustiana de Combray, desde la que asistiremos quizás a las más bellas descripciones de Proust: la iglesia, con el pórtico y la pila del agua bendita rehundidos, “lo mismo que si el suave roce de los mantos de las campesinas, al entrar en la iglesia y de sus dedos tímidos al tomar el agua bendita, pudiera,

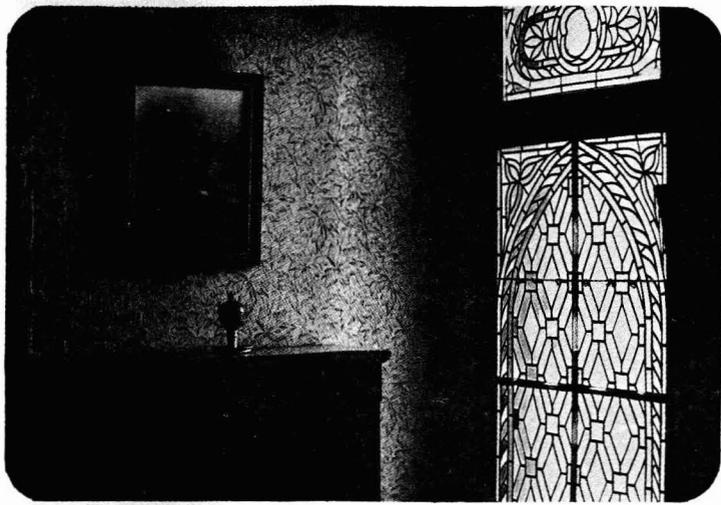
“... El lado anquilosado de mi cuerpo, al intentar adivinar su orientación, se creía, por ejemplo estar echado de cara a la pared, en un gran lecho con dosel, y yo en seguida me decía ‘Vaya, pues, por fin me he dormido, aunque mamá no vino a decirme adiós’, y es que estaba en el campo, en casa de mi abuelo, muerto hacía ya tanto tiempo; y mi cuerpo, aquel lado de mi cuerpo en que me apoyaba, fiel guardián de un pasado que yo nunca debiera olvidar, me recordaba la llama de la lamparilla de cristal de Bohemia, en forma de urna, que pendía del lecho por leves cadenillas; la chimenea de mármol de Siena, en la alcoba de casa de mis abuelos, en Combray...”

al repetirse durante siglos, adquirir una fuerza destructora, curvar la piedra y hacerle surcos como los que trazan las ruedas de los carritos en el guardacantón donde tropiezan todos los días”; el Vivonne, cuya superficie “enrojecía como una fresa una flor de ninfea escarlata con los bordes blancos”; el “lado” de Mésiplé la Vineuse, “el camino de Swann” (por donde se revelará la existencia del sadismo); el “lado” de Guermantes y el ambiente pequeñoburgués de una familia provinciana del siglo XIX, que en mucho determinará el destino doble de Proust como narrador y personaje.

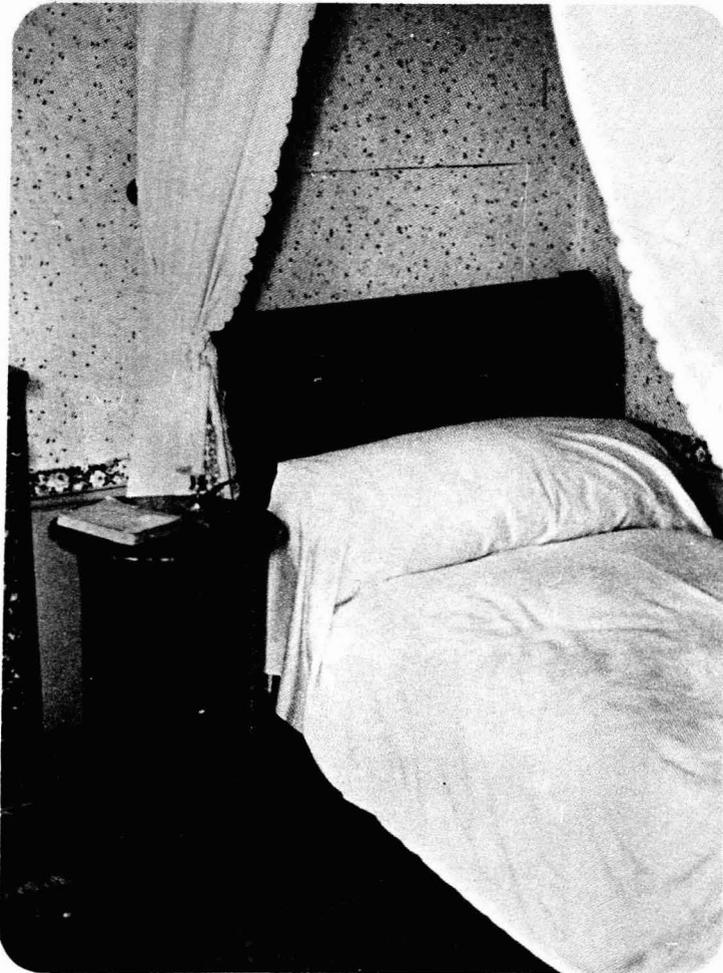
La casa de la tía Leoncia, en la que se sitúa el primer tiempo de la introspección proustiana, es descrita con morosa amorosidad, haciéndonos inolvidables —además de los dos quizás únicos personajes nobles del libro, la madre y la abuela— tanto la mesa de hierro, cobijada por viejo castaño, como el “doble tintineo, tímido, oval y dorado de la campanilla” que anunciaba la visita de Swann; la habitacioncita junto al tejado, cámara secreta de la intimidad de un niño soñador, sensual y sensible, como esa escalera, con su pomo de cristal, camino doloroso de la diaria separación de su madre, cuando Proust, niño, es obligado a irse a dormir sin el viático de “ese beso precioso y frágil que de costumbre mamá me confiaba”; y el “saloncito, el comedor, el arranque del oscuro paseo de árboles... el vestíbulo por donde yo me dirigía hacia el primer escalón de la escalera, tan duro de subir, que ella sola formaba el trono estrecho de aquella pirámide irregular, y en la cima mi alcoba con el pasillito, con puerta vidriera, para que entrara mamá”, al igual que esas habitaciones de la tía Leoncia, cuya decisión de encerrarse en ellas y estar siempre sobre la cama, “en un estado incierto de pena, debilidad física, enfermedad, manía y devoción”, es la premonición del encierro ulterior que Proust se impondrá dentro de un hermético cuarto de corcho, por su enfermedad asmática, su alergia a los olores y su resolución de aislarse para escribir su obra.

A esta casa de Combray fue con su cámara el fotógrafo Héctor García —ferviente lector de Proust—, durante la peregrinación que hizo a Illiers en su viaje a Francia. Religiosamente —según su propia expresión— tocó la misma campanilla que anticipaba la presencia de Swann, y guiado por un viejecito que conoció y trató al autor de *A la búsqueda del tiempo perdido* y ahora devoto guardián de la casa convertida en museo proustiano, la recorrió con la emoción de leer en vivo *Por el camino de Swann*. Anduvo por pasillos, salas, habitaciones, jardín e impresionado por la forma impecable con que se la conserva, tuvo la sensación de que sus moradores, entre ellos el propio Proust niño, habrían salido de paseo y acabarían por regresar, restableciéndose la vida familiar.

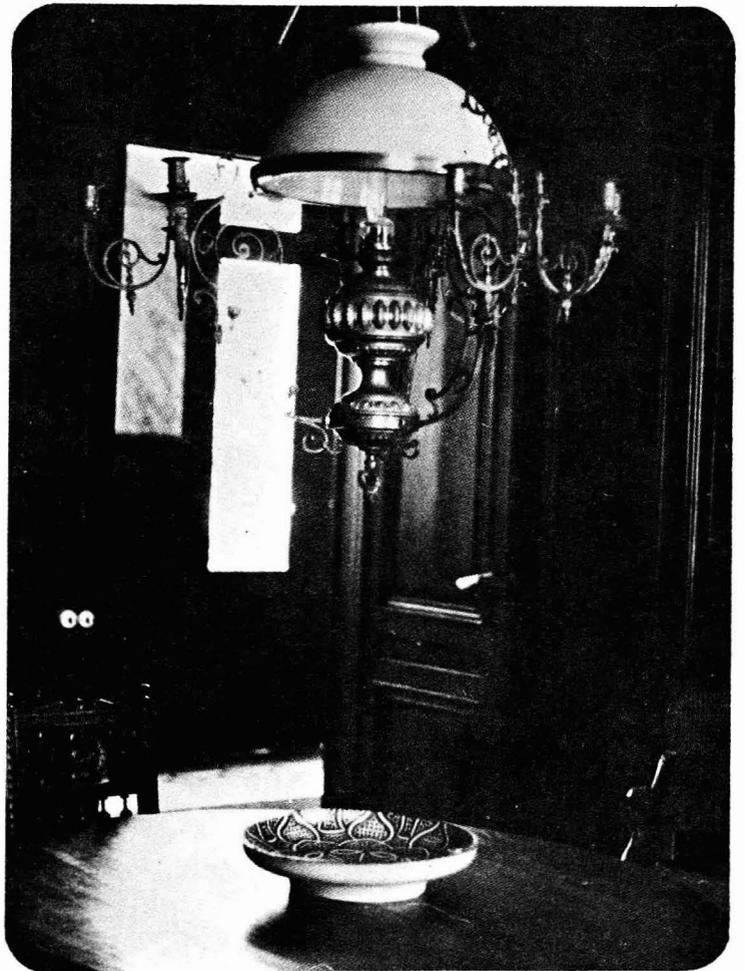




“... Mis padres se quedaron solos, sentáronse un momento, y luego mi padre dijo: ‘Bueno, pues si tú quieres subiremos a acostarnos.’ ‘Como quieras, aunque yo no tenga pizca de sueño. Y no será ese anodino helado de café el que me haya desvelado. Veo luz en la cocina, y ya que Francisca está levantada esperándome, voy a decirle que me desabroche el corsé mientras que tú te desnudas.’ Y mi madre abrió la puerta con celosía del vestíbulo, que daba a la escalera. La oí que subía a cerrar su ventana. Sin hacer ruido salí al pasillo; tan fuerte me latía el corazón, que me costaba trabajo andar...”

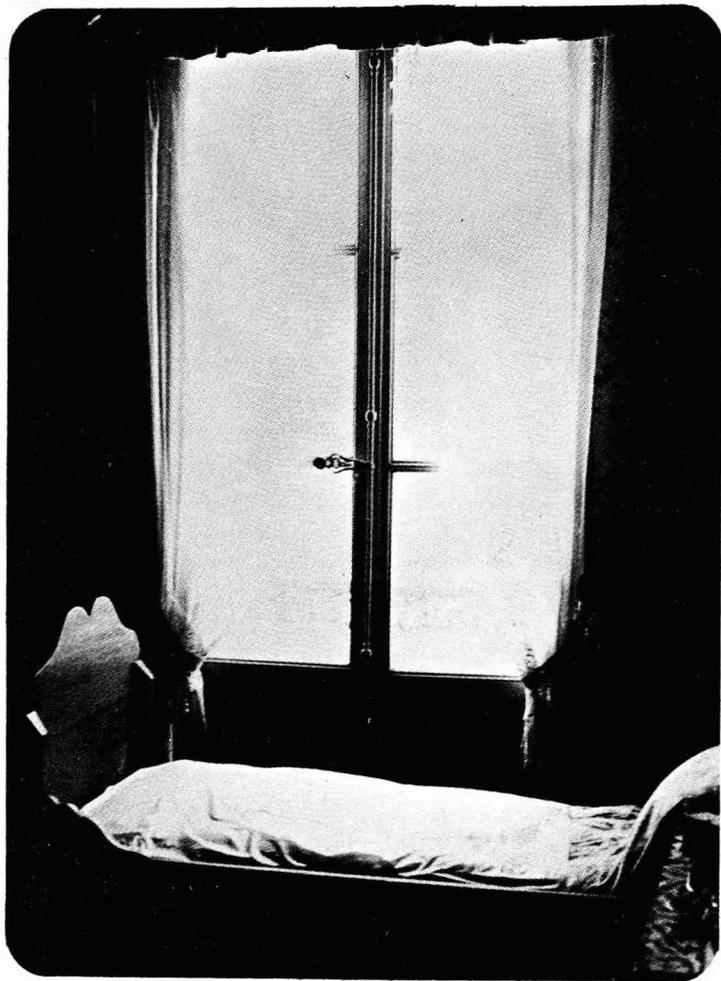


“... la mayor parte de la noche la pasaba en rememorar nuestra vida de antaño en Combray, en casa de la hermana de mi abuela en Balbec, y en París, en Donzières, en Venecia, en otras partes más, y en recordar los lugares, las personas que allí conocí, lo que vi de ellas, lo que ellas me contaron. En Combray, todos los días, desde que empezaba a caer la tarde y mucho antes de que llegara el momento de meterme a la cama y estar ahí sin dormir, separado de mi madre y de mi abuela, mi alcoba se convertía en el punto céntrico, fijo y doloroso de mis preocupaciones...”



“... Y en cuanto oía la campanada que llamaba a la cena me apresuraba a correr al comedor, donde la gran lámpara colgante, que no sabía de Golo y de Barba Azul, y que tanto sabía de mis padres y de los platos de vaca rehogada, daba su luz todas las noches; y caía en brazos de mamá, a la que me hacían mirar con más cariño los infortunios acaecidos a Genoveva, lo mismo que los crímenes de Golo me movían a escudriñar mi conciencia con mayores escrúpulos. Y después de cenar, ¡ay! tenía que separarme de mamá, que se quedaba hablando con los otros, en el jardín, si hacía buen tiempo, o en la salita...”

“... A un lado de su cama había una cómoda amarilla de madera de limonero, mueble que participaba de las funciones de botiquín y altar; junto a una estatuita de la virgen y una botella de Vichy Célestins había libros de misa y recetas de médico, todo lo necesario para seguir desde el lecho los oficios religiosos y el régimen, y para que no se pasara la hora de la pepsina ni la de vísperas. Al otro lado de la cama extendiase la ventana, y así tenía la calle a la vista, y podía leer desde por la mañana, hasta la noche, para no aburrirse, al modo de los príncipes persas, la crónica diaria, pero inmemorial, de Combray...”

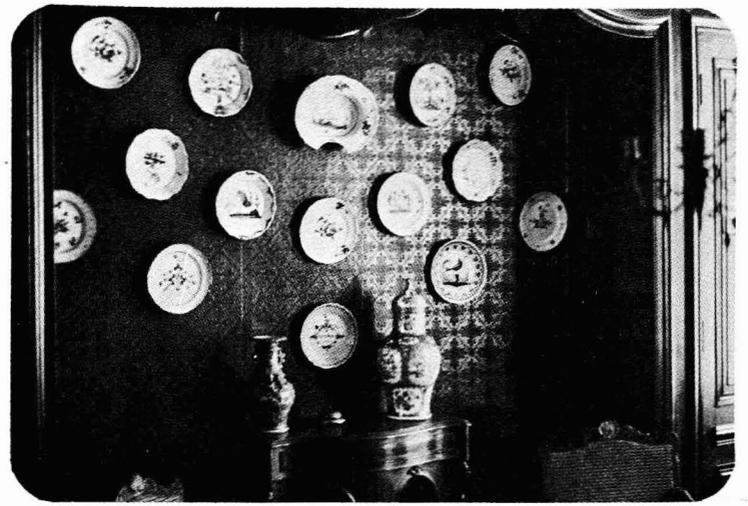


“... Este cuarto, estaba destinado a un uso más especial y vulgar, y desde el cual se dominaba durante el día claro hasta el torreón de Roussainville-le-Pin, me sirvió de refugio mucho tiempo, sin duda por ser el único donde podía encerrarme con llave, para aquellas de mis ocupaciones que exigían una soledad inviolable: la lectura, el ensueño, el llanto y la voluptuosidad. Lo que yo ignoraba entonces es que mi falta de voluntad, mi frágil salud y la incertidumbre que ambas cosas proyectaban sobre mi porvenir contribuían, en mayor y más dolorosa proporción que las infracciones de régimen de su marido, a las preocupaciones que ocupaban a mi abuela...”



“... Y tuve que marcharme sin viático, tuve que subir cada escalón llevando la contra en mi corazón, ir subiendo contra mi corazón que quería volverse con mi madre, porque ésta no le había dado permiso para venirse conmigo, como se le daba todas las noches con el beso. Aquella odiada escalera por la que siempre subí con tan triste ánimo despedía un olor a barniz que en cierto modo absorbió y fijó aquella determinada especie de pena que yo sentía todas las noches, contribuyendo a hacerla aún más cruel para mi sensibilidad, porque bajo esa forma olfativa mi inteligencia no podía participar de ella...”

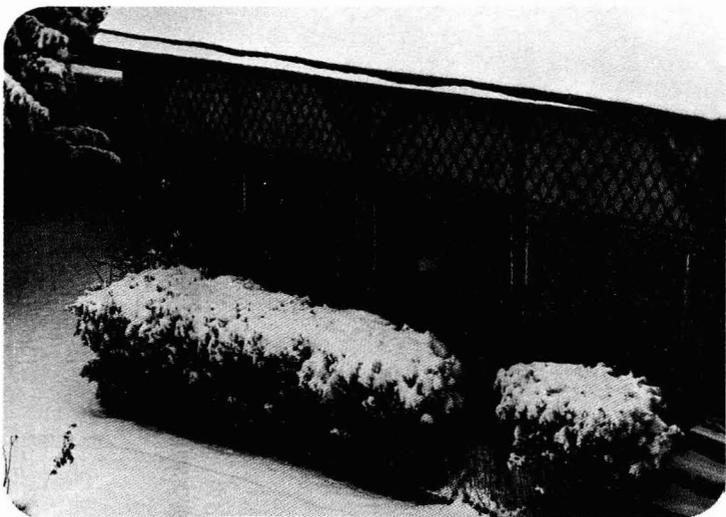
“... Echando al reloj una ojeada inquieta, pero furtiva, para no hacer ver que ella, que ya había renunciado a todo, sacaba, al saber quien tendría la señora de Goupil a almorzar, un placer tan vivo, y que desgraciadamente se haría esperar aún lo menos media hora. Y quizás lleguen mientras yo esté almorzando se decía bajito a sí misma. Su almuerzo le servía ya de bastante distracción para que no necesitara tener otra al mismo tiempo. No se le olvide a usted traerme los huevos a la crema en un plato liso, ¡eh! Esos eran los únicos platos decorados con monigotes y mi tía se entretenía en todas sus comidas en leer el letrero del plato en el que le servían...”



“... En el verano, en cambio, cuando volvíamos aún no se había puesto el sol, y mientras estábamos en el cuarto de la tía Leoncia, su luz, que descendía y tocaba la ventana, se paraba entre los cortinones y las abrazaderas, dividida, ramificada, filtrada, incrustando trocitos de oro en la madera del limonero, de la cómoda...”



“... A la hora en que yo bajaba a la cocina a enterarme, la cena ya estaba empezada, y Francisca señoreaba las fuerzas de la naturaleza convertidas en auxiliares suyas, como en esas comedias de magia donde los gigantes hacen de cocineros, meneaba el carbón, entregaba al vapor unas patatas para estofados, y daba punto, valiéndose del fuego, a maravillas culinarias, preparadas previamente en recipientes de ceramistas desde las tinas, las marmitas, el caldero, las besugueras, a las ollitas para la casa, los moldes de repostería y los tarritos para natillas, pasando por una colección completa de cacerolas de todas dimensiones...”



“... En cuanto reconocí el sabor del pedazo de magdalena mojado en tila que mi tía me daba (aunque todavía no había descubierto y tardaría mucho en averiguar por qué ese recuerdo me daba tanta dicha), la vieja casa gris con fachada a la calle, donde estaba su cuarto, vino como una decoración de teatro a ajustarse al pabelloncito del jardín que detrás de la construcción principal se había erigido para mis padres...”